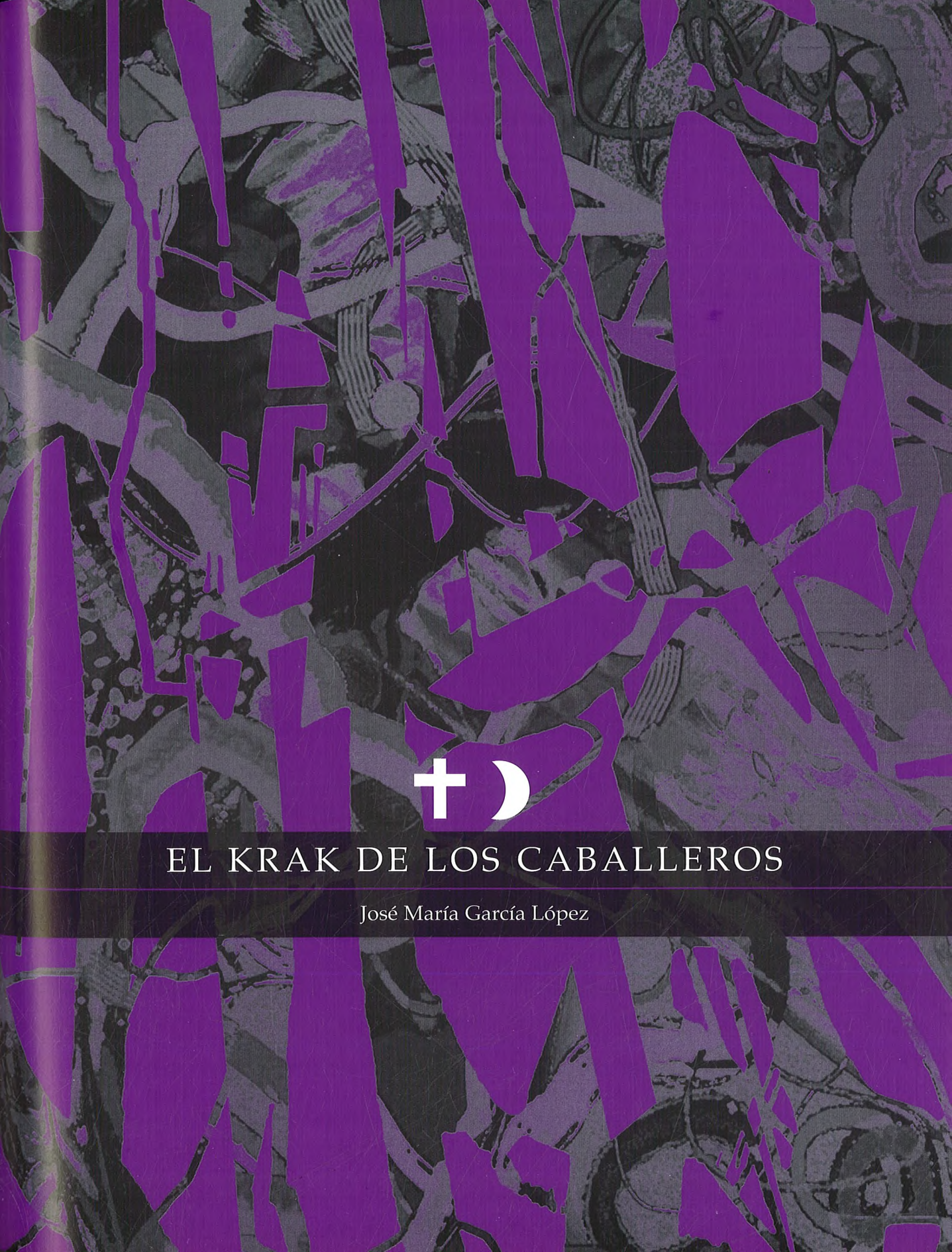

EL KRAK DE LOS CABALLEROS

José María García López

El destino nos destroza como si fuéramos de cristal.
Y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse.

ABUL ALA AL MAARI

Es ésta la tercera vez en mi vida, y seguro que será la última, que me he encontrado ante la espantosa fortaleza de Hisn al Akrad, la antigua alcazaba de los kurdos que los franj han bautizado ahora con ese otro nombre deformado. Pero qué no lo está en nuestros días. Qué cambios no se han producido en toda Siria desde que yo, Gamal ibn Hadir ad Darwi, llegué a este mundo hace más de setenta años, aunque ya no sé exactamente cuántos. Sí sé que estamos en 529 de la Hégira, equivalente a 1135 de Cristo, y quiénes son los habitantes actuales de esta mole que se pretendía invulnerable, los llamados por ellos mismos Caballeros de la Orden Hospitalaria o Cruzados del Santo Sepulcro de Jerusalén. Ya lo tomaron por fin hace mucho, así como arrasaron nuestras ciudades de Aram, desde mi Maarat natal, Trípoli, Saida y Acre, hasta el Sinaí. No obstante, el Islam prevalece a pesar de las destrucciones, las conquistas y las fortalezas cristianas, y esa extraña avalancha superficial, tan sangrienta y calamitosa por otra parte, no está impidiendo que nosotros volvamos a encontrarnos en la fe, en las costumbres y en los lugares elegidos, o que humanamente nos eligieron.

Por eso, y por un cúmulo de circunstancias personales, he tenido que volver a pasar cerca de Hisn al Akrad, y ello me ha obligado a intensificar la emoción de su memoria, a revivir un tiempo extraordinario en mi existencia, aquellos días tan hermosos y amargos. Los primeros a los que me refiero no es que cuenten ya demasiado, sobre todo comparados con los que después me incluirían en esa oscuridad de piedra profunda, en tan grande desolación. Sin embargo aún conservan también su imagen vibrante y, más que ningún otro acontecimiento, el triste afecto del rostro de mi padre huyéndome la mirada. La sensible inteligencia de sus preocupaciones mientras abandonábamos nuestra tierra y yo además mi infancia y una luz que jamás he vuelto a encontrar en ninguna parte.

Esa primera vez que digo, por las inmediaciones de lo que hoy refuerzan los malditos caballeros de las cruces blancas y los rojos rosarios, andaría yo por los trece o los catorce años y apenas hacía unos meses que mi madre y mi hermana habían muerto en Tartus. Recuerdo que entonces quise convencer a mi padre para que nos quedásemos cerca de donde ellas habían caído, o incluso para que volviéramos por el valle del Orontes a Maarat o Antakya. Pero él me obligó a seguirlo hacia Homs y después a Arga, la que luego tendría ocasión de una heroica resistencia. Sin embargo, mi primera inclinación sentimental, o aquel empecinamiento desesperado que también podría haber sido un orgullo suicida, terminaría por imponerse entre nosotros, como, a fin de cuentas, continúa ocurriendo ahora. En el fondo, seguramente no somos capaces de creer que los franj puedan borrarnos del mundo, que, después de pasarnos por encima y aplastarnos, la semilla de Alá no renazca tras sus huellas. Pero claro: en aquel tiempo tan apremiante y triste era lógico que nos comportáramos como pobres perseguidos y nos dejásemos empujar por la horrible leyenda, por la ceguera supersticiosa del impulso infiel.

Pasamos pues por Hisn al Akrad con las multitudes del miedo y nos fuimos dispersando por la llanura semejantes a desmedradas alimañas, entre lamentos y miserias terribles. Yo vi la muralla mágica un amanecer de Safar, más de veinte años antes de saber que el nombre de ese mes iba a ser el nombre de mi vida, la razón de que aún mis ojos puedan seguir amando esta tierra, puedan todavía emocionarse ante el viento que la recorre como un hechizo. Así surgieron los torreones entonces, por encima del simún y el frío, flotando entre nieblas de polvo como si los moviera una mano divina, como si la voz de nuestras plegarias unidas en el grito de un solo almuédano removiera los cimientos del desierto, surgiera de la leche de todas las camellas de Arabia, de la dulzura universal de las palmeras contra la sangre facinerosa de Cristo.

Ésta, sin embargo, siguió avanzando de un modo u otro hacia el Sur desde el bárbaro castillo y nos precipitó en una carrera loca, que, en efecto, acabaría en Arabia. Allí acabó también la vida de mi padre, a manos criminales de unos ladrones nubios y a los pocos meses de habernos instalado en Rabigh, en medio del camino de Yanbu al Bahr a La Meca. Él no pudo concluir su segunda peregrinación, que era la primera para mí, aunque sí estrecharme la mano antes de expirar. Llegué a ver su agonía bajo el sicómoro donde lo habían malherido los que lo desvalijaron. Cerré sus ojos

cuando se quedaron fijos en el cielo y lloré amargamente su negro destino, la tragedia de mi madre y mi hermana, que era la de todos los musulmanes. Me dolió más que nada la melancolía de mi padre al morir, el injusto perdón que parecía pedirme tal vez por no haberme hecho caso cuando yo quise retroceder. Me torturó en mi reanudación del viaje a La Meca el pensamiento de no haber sabido convencerlo, el hecho consumado de no haber tenido la imaginación de algún ardid eficaz para retenerlo, la energía necesaria para conservar su vida.

Liquidé lo que de ella había quedado en Rabigh. Vendí lo poco que habíamos conseguido como ocasionales mercaderes de tejidos y sólo conservé una sobria chilaba azul, un turbante blanco que nunca me atreví a usar y la simple flauta de caña, o *ney*, que él tocaba durante horas, cuyos misterios técnicos me eran aún desconocidos. Recuerdo que, sobre el asno que también heredé, y que me acompañó durante más de siete años efímeros, decidí, ya ante la vista de la Kaaba en La Meca, aprender a tocar la flauta de mi padre. Intentaría reproducir las melodías que, de momento, sólo conjeturaba en mi cabeza, rescatarlas de silencios que eran aguas filtradas en rocas o corrientes bajo las arenas del Orontes.

Al cabo de ese tiempo, casi enteramente pasado en el recogimiento y el aprendizaje de mi primera comunidad de Al Hariq, conseguí, con mi maestro Al Anshari de Herat, reconocer en esta misma flauta que hasta hoy he conservado algunas de las músicas calladas de mi padre. El aire del sosiego que a veces parecía recorrerlo por dentro y en el que pronto aprendí a respirar de otro modo.

Asimismo aprendí, gracias a al Anshari, la lengua persa, a profundizar en los significados del Corán y la *sunna*, y a prepararme para acceder a un verdadero examen de conciencia. Lo cierto es que tenía muchos motivos para aborrecer los círculos externos de mi experiencia, los sentimientos que el mundo me había deparado, y me servía de la flauta para descender a lo más profundo de mí. Ese interior, nuevamente aquí de difícil acceso, llegó a ser explorado en amplios vuelos de notas concéntricas, a ser buscado por sus promesas de paz y olvido, y supuso a la vez la mayor amplitud y la pureza más cercana a un dichoso anonadamiento. Fui una especie de savia o virtud revuelta, un humo adormecido en rutilantes cavernas, una negación sin tiempo pero viviente, o una fe ciega en que la caña donde aún soplo podría ser más fuerte que las piedras del Krak, que las armas de cualquier ciudadela.

Había empezado a creer que la superación de mis desgracias sería al fin posible por esta vía espiritual de tan humildes músicas, cuando mi querido maestro fue encarcelado por acusaciones de los mutazilíes, por falsas imputaciones de herejía en torno a discusiones a propósito del *kalam*. al Anshari era ya un anciano con la salud quebrantada, desde luego inofensivo, aparte de un hombre excelente, y no tardó en ser puesto en libertad. Pero su fe, siempre muy firme, sufrió, más que por la privación de libertad, por comprobar que sus discípulos no habíamos sabido mantenernos unidos en sus enseñanzas. No le importó que la disolución del cenobio hubiera obedecido a inicuas decisiones políticas, al sórdido acoso de una confabulación, y no quiso saber más de nosotros. Con la vista perdida, aún nos recibió a algunos avergonzados con pesarosa amabilidad, antes de decidirse a volver a su patria. Yo también decidí entonces regresar a la mía, camino de la cual me enteré del fallecimiento de al Anshari a una edad no muy alejada de la que yo tengo en la actualidad.

Sin prisas pero con gran abatimiento, puse rumbo, como digo, a Maarat, cruzando primero el Mar Rojo hacia Egipto, y entre las pocas cosas que llevé conmigo estaba el magnífico libro de oraciones persas de mi maestro, el *Munagat* modélico para tantas comunidades sufíes extendidas por todo el Islam. No tengo siquiera que leer sus versículos, porque muchos de ellos aún los guardo en mi memoria. Por ejemplo, los que dicen: ¡Oh, tú, cuyo hálito es perfume suave al corazón en angustia. Tu recuerdo da a los que te aman alivio en sus dolores. Multitudes de amantes y afligidos tropiezan en sendas de amargura clamando por ti. Oh, Dios, Dios el grande: mientras el fuego de la separación abrasa mi pecho, sea la pobreza mi gloria. Mi felicidad, el oprobio y las burlas de la gente, a través de un mundo en ruinas!

¡Qué hermosas palabras y cuán plenas de sabiduría! Qué dolor al repetirlas, cuando a pesar de ellas, a pesar de muchas más tan nobles debidas a al Anshari, su contenido estuvo muy lejos de ser observado por mí durante los siguientes diez años. A punto de cumplir los treinta, y con un pasado de desgracias sublimadas en la compañía de los mejores hombres que he conocido, en sus armonías cíclicas y beatíficas renuncias, me habitó un demonio de confusión que me arrastró con inmensa fuerza a otra sucesión de espantos.

No llegué entonces a Maarat y ni siquiera a Siria. Dejé de lado el *Munagat* y las felices enseñanzas que en él se resumían. Casi olvidé al pro-

pio al Anshari, o, al menos, sí lo hice en mi conducta extraviada cuando me quedé primero en Alejandría y luego en El Cairo. No tardé en darme cuenta de los peligros y las posibilidades de medrar en tan revueltas ciudades. Puse en práctica el oficio apenas aprendido de comerciante de telas, especializándome en principio en distribuciones secundarias a pequeños clientes establecidos en las poblaciones costeras. Mi dominio del persa me fue de gran utilidad para situarme en medio de dos rutas que venían de la India con algodón y seda. Otros proveedores con los que me entendí traían desde la misma Persia orfebrerías sasánidas, que eran muy solicitadas y se vendían caras, o en ocasiones perfumes e incienso procedentes de Etiopía.

En tres años me vi dueño de una regular fortuna, antes nunca deseada y hasta diría que ni siquiera imaginada. Tuve un barco que iba a Chipre y Creta, una casa con un precioso jardín y una pequeña, pero muy escogida, cuadra de purasangres. Abandoné las costumbres piadosas y hasta la naturalidad de mi antiguo recogimiento espiritual. Por supuesto, dejé de soplar en la vieja flauta de mi padre, haciéndome el disipado y el temerario. Logré una difícil insensatez, un desdén ostentoso que me llevó a otros modos de ebriedad y éxtasis. Irrumpí con casi absoluta virginidad en todos los prostíbulos, en todas las apuestas degradantes y en las provocaciones de una orgía plagada de absurdos caprichos y sacrificios inútiles.

Pero no quiero repetir la cadena de mis culpas, las cuales por fortuna hace ya mucho que empecé a tratar de purgar. Sólo diré que conocí aún más riqueza y poder. Que recibí el halago y la envidia y me vi envuelto en las luchas de los sunnitas de El Cairo, entre los que, a pesar de todo, se me suponía, y los más extremistas chiítas de los fatimíes. Tuve otra casa, que era casi un palacio, mi propio harem y mis tres esposas legítimas. Sufrí el expolio y la peste, la ruina de mis negocios y la muerte de mis dos hijos, a los que apenas llegué a conocer. Fui presa de la saña de los Asesinos, cuyas armas implacables me habrían eliminado si al fin no hubiera huido a Mansura y después fuera de Egipto. Así arribé de nuevo a mi tierra, donde tampoco me acogió precisamente la paz. Así volví a ver las ciudades de Haifa y Beirut, Homs y la fortaleza de Hisn al Akrad, el valle del Orontes que los cruzados acababan de invadir.

Un día de invierno de aquellos desesperados me dirigía a caballo, como ahora, a Maarat con una caravana armenia, cuando otra un tanto descompuesta, que procedía de Idlib, se cruzó en nuestro camino. Nos dijeron que estábamos locos al tratar de llegar a Maarat. Que todo el mundo huía

de la ciudad y de los lugares vecinos. Por lo visto, estaban siendo saqueados por un gran ejército de francos, mandados por los dos hombres más crueles que se pudiera imaginar, un tal Bohemundo, autoproclamado Señor de Antioquía, y un capitán Saint-Gilles.

Los aterrorizados prófugos nos hablaron de miles de muertos, de violaciones y crímenes horrendos contra mujeres y niños, de hombres y perros asados y comidos por los cristianos, de una ignominiosa carnicería por desgracia no difícil de creer. No perdieron mucho tiempo en explicaciones, sino que, a otra demanda de más detalles por parte del jefe armenio, nos dejaron con la palabra y el pánico en la boca y nos sobrepasaron precipitadamente. Fue entonces, al decidirnos a dar la vuelta para agregarnos a la caravana y quedarme yo algo rezagado entreviendo más indicios de desbandada en la distancia, cuando descubrí a la mujer que en muy pocos días daría un nuevo sentido a toda mi vida. La que ahora sigue ahí, bajo los muros de la alcazaba kurda, esperando un pronto reencuentro con mi alma.

La vi sola y muy retrasada, apenas pudiendo seguir a pie el paso de la inhóspita caravana, volviendo atrás los ojos extraviados, que pasaron un instante por los míos donde se quedaron para siempre. Me acerqué a ella y los dos nos detuvimos, mirándonos. Mi caballo piafaba inquieto como si también percibiera el horror que la mujer, más bien casi una niña, había dejado, de momento, atrás. Respiraba agitadamente y estaba al borde del llanto o quizá del desvanecimiento. Su belleza era un exceso hiriente, una victoria fatídica contra el horizonte de sangre. Tenía los ojos verdiazules y muy oblicuos, la frente ancha y bien curvada, la nariz huesuda y de aletas vibrantes como las de un potro salvaje, la boca grande con abultados labios en tortuosa crispación, una fiebre agridulce en su interior rebelde.

Quedé fascinado en medio de la más árida amenaza. Concebí la salvación en un solo segundo de nuestras vidas y, sacando mi pie derecho de estribo, le tendí la mano sin decir nada. Pensé que no iba a poder izarla porque caería antes al suelo, mientras escuchaba a lo lejos una albórbola fúnebre que me sacudió el corazón con una inconcebible alegría. Por fin la muchacha se repuso y se acercó al caballo. Me tendió la mano, metiendo un pie en el estribo que yo había dejado libre. La subí como una pluma sobre la silla y de inmediato me envolvió su olor cansado, un fervor de ámbar y sufrimiento bajo sus ropas ajadas. La apoyé en mi brazo izquierdo, cuya mano aferraba el arzón, retrasándome todo lo que pude en la montura, y distendí el otro brazo al espolear levemente al caballo.

En seguida dimos alcance a las dos caravanas alineadas, para luego situarnos junto a los primeros de mis recientes compañeros armenios. Cuando se lo pregunté, ella me dijo en un susurro que se llamaba Safar, un mes en el que no estábamos. Se desmayó o cayó en una postración alucinada. No sé si me lo dijo o yo conjeturé tal palabra. La llamé Safar y ella respondió desde entonces a ese nombre. Tenía dieciséis años y yo treinta y nueve. La amé como desde el principio de los tiempos. Mientras galopábamos por la llanura de Bukaya, vi sus ojos adormecidos, confiados, abiertos ya en lo más profundo de mí mismo, en las cavernas antiguas donde antaño había descendido en la flauta de mi padre. Volví a sentir el giro de la tierra en torno a mi corazón en restauradas ruinas. Volví a ver la fortaleza vacía y penetré en su refugio con todo el tropel nómada bulléndome por las venas, con un desprecio exaltado por los francos, por las diabólicas huestes de Saint-Gilles que nunca nos someterían.

En Hisn al Akrad nos encontramos con una multitud de campesinos de Bukaya que, para resistir un probable asedio, habían reunido sus reservas de ganado, aceite y trigo. Vi funcionar en una de las altas torres circulares un molino de viento, ahora desaparecido, e inadecuadas armas rústicas ante los matacanes de la línea exterior de defensa. Ayudé con los armenios a organizar grupos especializados en distintos menesteres, entre ellos reparar, improvisar y cerrar puertas, comprobar el agua del aljibe y situar los hombres armados, que no eran pocos, ante saeteras o almenas.

Nos afanamos durante horas en afianzar como pudimos las partes más peligrosas del castillo y no dejamos de admirarnos del grosor de sus muros, de las dobles y triples protecciones de las entradas y , realmente, de su disposición inexpugnable, sobre todo con adecuada artillería, hombres para cubrir todos los puestos y alimentos y agua abundantes.

Acordamos a propósito que, si al fin llegaban los francos, tendríamos que cortar el ingreso del acueducto para evitar posibles envenenamientos, e interrumpimos una última revisión de los pertrechos para orar por primera vez desde no sabíamos cuándo. Yo lo hice junto a Safar, en quien había cedido la fiebre y hasta se insinuaba una sonrisa que jamás he dejado de recrear. Recuerdo asimismo cómo al repetir en el rezo el nombre de Alá, yo ponía en sus sílabas el nombre de Safar, sin que me pareciera un sacrilegio ni una mínima transgresión, y cómo extraje del fondo de mi pobre equipo el *ney* de caña que tan impía y largamente había abandonado.

Primero toqué tímidamente ante el fuego, hasta que tuve que apartar del pico de la flauta los labios temblorosos para evitar el llanto. Vi entre difusas voces de admiración los ojos de un ángel doliente y di gracias a Dios por cada una de las circunstancias que me habían llevado a aquella íntima tragedia. Safar me tomó la mano entre las suyas a la vez que oíamos en alguna parte una risa que no era humana, el grito probable de una hiena o el ladrido de algún chacal. Pareció la señal para que el castillo entero quedara en silencio. Yo quise que durara siempre, que no cesara la emoción de las manos que también me eternizaban con su instantáneo e indudable amor. Pero poco a poco fue subiendo el rumor de la llanura y el pánico y la rabia se instalaron de nuevo hasta en el alma de las piedras, en los corazones hermanos y en las lenguas maldicientes.

Los franj nos habían cercado, y esa era la segunda vez, en su año de 1099 y en el 492 nuestro, que Hisn al Akrad tenía una especial importancia para mí, aunque mucho más grave que en la ocasión anterior. Los soldados de Saint-Gilles empezaron a escalar los muros a finales de enero, haciendo que los nuestros, asustados por el arrasador avance cristiano, abandonaran las defensas en muchos puntos. A los campesinos se les ocurrió sin embargo una estratagema: sabiendo que entre los sitiadores escaseaban las provisiones, decidieron abrir las puertas del castillo y dejaron escapar una parte de sus rebaños.

Los franj se abalanzaron sobre los animales y renunciaron al combate, aplicándose a saciar su hambre tras la matanza de todas las reses. Fue tal el desorden exterior que un grupo de los nuestros decidió salir por sorpresa para tratar de llegar a la tienda de Saint-Gilles y acabar con su vida. Por poco lo consiguen, ya que la guardia del jefe había descuidado su custodia con el festín. Sin embargo, la reacción de los francos se cobró un alto precio por tal temeridad, ya que los musulmanes que regresaron al fuerte lo hicieron definitivamente desmoralizados, dando por seguras las más temibles represalias. Esa madrugada todos los habitantes de Hisn al Akrad, menos Safar y yo, salieron sigilosamente a las frías tinieblas y desaparecieron sin esperar el contraataque de Saint-Gilles.

Por qué y cómo me quedé con Safar en la fortaleza se explica por dos hechos complementarios, uno de ellos casi prodigioso en su inesperable oportunidad. Fue que, la noche anterior al asalto final de los francos, Safar recayó en su enfermedad y yo descubrí un refugio en una estrecha rampa abovedada que corría por uno de los muros interiores. Buscaba un cobijo

mejor, sobre todo para mi compañera, cuando al apoyarme a oscuras en una depresión de los sillares, vi una débil luz al otro lado y noté que una piedra cedía girando con suavidad sobre sí misma. Miré a mi alrededor y comprobé que estábamos solos. Empujé más la piedra hasta descubrir un hueco por donde un cuerpo humano podría pasar. Hice que Safar accediera a la secreta cámara, pues eso era, y luego entré yo para recolocar la piedra en posición de cierre. La luz interior tenía sonoridades húmedas y llegaba por otro boquete más pequeño practicado a pocos metros ante nosotros.

Nos quedamos unos instantes callados tratando de imaginar las posibilidades de la situación, y de pronto comprendí que todos habían huido sin tener en cuenta nuestra ausencia, tal vez habiéndonos olvidado unos por otros. No obstante, pensé que tendría que hacer en seguida dos cosas. Arriesgarme a salir a buscar víveres y ropa, antes de que los franj ocuparan el castillo, y encontrar el modo de cerrar bien por dentro la cripta. Lo último lo conseguí muy pronto, trabando una piedra triangular muy alargada en un surco que se prolongaba de la piedra móvil al inmediato sillar fijo. Estuve seguro de que nadie podría abrir desde fuera por casualidad y difícilmente de propio intento, en el caso improbable de conocer el escondrijo. Salí de él sin hacer más averiguaciones. Encontré las provisiones que buscaba en la ominosa frialdad de las estancias desiertas. Hice varias visitas a los depósitos de ropas y víveres hasta que tuve la certeza de que un tropel de hombres había entrado en el fuerte.

Desde aquel momento las cosas ocurrieron muy rápidas entre nuestros muros. Nadie nos encontró, ni nadie se ocupó de nosotros mientras una variada multitud se posesionaba por unos pocos días del castillo. La cripta daba al aljibe, desde cuyo fondo veíamos pasar cubos de agua por el hueco abierto a poca altura del suelo. Escuchábamos unos ecos extraños de voces cristianas y árabes, ofertas y discusiones indignas, sometimientos vergonzosos de musulmanes que se humillaban ante los usurpadores de nuestra tierra. Fuimos sin embargo infinitamente felices en aquel breve tiempo de perdición, hasta una madrugada en que desperté junto al cuerpo frío de Safar. Estaba muerta; nunca la había poseído más que con la intensidad de mis ojos, con toda la fuerza de un amor que era un absoluto olvido. Sus pupilas aún me miraban fijas desde la muerte. Aún me miran hoy sobre las almenas de Hisn al Akrad, sobre el espanto confundido de los Cruzados del Santo Sepulcro. Qué más puedo decir de lo que ocurrió después. Pasé muchas horas llorando mi suerte ante el cuerpo sin vida de Safar, o enju-

gando mis lágrimas con el sonido de la flauta de caña. No me importó que los franj creyeran en las noches oír la música de un espectro. Luego se fueron, quizá con más miedo que el de los anteriores fugitivos. Enterré por fin en la honda calma del castillo a la mujer que había sido el único amor de mi vida. Antes besé todavía sus labios inertes para que me contagiaran la muerte. Sólo sabía de ella su nacimiento en Antakya, el exterminio de su familia y su huida con la caravana, su extraordinaria belleza que al fin me hizo invulnerable.

Así me sentí verdaderamente cuando salí de Hisn al Akrad. Descendí la colina y encontré un poblado fantasma, donde sólo habitaba un asno como aquel en que un día iba con mi padre. Viajé al interior del país sin rumbo. Llegué a Mosul donde de nuevo encontré a mis hermanos de recogimiento. Viví varios años sin salir de la exigua rápita. Volví a tocar el *ney* para la congregación y para quien quisiera oírme. Iban a verme músicos derviches de muchos lugares remotos del Islam.

Después yo también viajé. Salí de Siria para Chipre y Creta en un barco semejante a aquel que en una vida distinta había sido mío. Recordé y olvidé a la vez. Llegué a al Andalus al principio de uno de los veranos más bellos que he conocido. Amé aquella tierra tanto como amaba el valle del Orontes. Viví en la ciudad de Almería aún muchos más años que en Mosul. Todavía tuve la gran suerte de conocer al último de mis sabios amigos, Abul Abbás ibn al Arif, quien me hizo insistir en el estudio de la flauta y a quien debo haber dejado mis más esforzados escritos sobre su arte. También le debo haberme mostrado el pálido reflejo de una luz que vuela sobre la voluntad y la tristeza, sobre el temor, el deseo, la intimidad.

Cuando ese grande y mínimo hombre cayó en desgracia entre los suyos, también yo partí de Almería de regreso a Arabia. Hice mi segundo viaje a La Meca y ascendí otra vez hacia Siria. En ella estoy, camino de mi muerte en Maarat, en el recuerdo de mis padres y mi desgraciada hermana. Ahora acabo de pasar a caballo al pie de la loma brumosa que se levanta en Bukaya y empiezo suavemente, como en un susurro arrastrado bajo la tierra, a soplar en la vieja flauta. Toco para los ojos de Safar aún vivos por encima de mí, en ese viento encendido sobre la irredenta fortaleza, al aire del Krak de los Caballeros.